

De lo que me acuerdo IV

Carlos Caco Ceballos Silva

INVIERNO 1991. Por los años veinte vivía en De la Vega 65 mi tío Ponciano Dueñas, en compañía de sus hijos Judith, Esther y Abigail; tengo entendido que nosotros los Ceballos estábamos emparentados con ellos por mi abuelita Toña, mi tía Adela y mi hermano Pepe. Más adelantito y por la misma calle estaba la casa de los Morentín, Enrique, Antonia y Guadalupe, y siete mujeres: Carmen, Josefina, Altagracia, Eugenia, Adela, Merceditas y Rosita. Por la calle Ocampo, en el 134, vivía don Antonio Gómez Guerra, con su esposa Toña, teniendo en el fondo de su casa su negocio de paletas y del sabroso y refrescante Orange Crush, y por la N. Bravo tenían la entrada a su fábrica de hielo. Enfrente, por la Ocampo, en el número 129, estaba la casa y la fábrica de cigarros “La Central”, de don Pepe Sánchez Llerenas. Recuerdo que en la primera cuadra de la 27 de Septiembre vivía don Manuel Negrete, su esposa doña Mencha y sus hijos Graciela, Manuel, Rubén y Pepe. Al lado estaba el hotel Occidental, de la Güera Plaza, y ahí vivía también su sobrino el Güero Plaza.

Cuando la cristiada, allá por 1928, me tocó acompañar como monaguillo al señor cura Sevilla y al sacristán, quienes iban escondidos en un camión de la basura, nos llevaron a la Hacienda de la Capacha a casar a Jovito Solórzano, nada más que hermano del gobernador Francisco Solórzano Béjar.

Por esos mismos tiempos vino a Colima el general Eulogio Ortiz, ameritado divisionario del Ejército Nacional que vino a combatir a los cristeros, y como complemento de su bien armada y modernizada división traía una escuadrilla de aviones en la que venían los capitanes Bruttini, Zaldívar, Fierro y otros. Habiéndolos conocido mi papá en la tienda, un día les propuso que en la primera oportunidad me dieran una vuelta por el aire, y siendo ellos jóvenes, atentos, serviciales y comprensivos, desde luego aceptaron y un día de tantos me llevó mi papá al campo de aviación que estaba en los Llanos “El Peregrino”, nomás pasando la vía del tren, y así fue que con el mismo miedo que cuando me mandó mi papá con Panchita, la “madame”, a la “casa mala”, me subieron al asiento, me amarraron y me pusieron lentes y así nos elevamos en el “Havilland”. Después de una vueltecita y unas maromas volví bien encantado de aquel inusitado viaje al cielo.

Antes de que cerraran los cultos, que fueron meses antes del resto del país, Carlos y William Morril fueron mis compañeros monaguillos en El Beaterio, siendo el cura don Bernandino Sevilla y su ayudante el padre Saucedo. Frente al templo vivía don Agustín González con su esposa doña Matilde y sus simpáticas hijas Rosa Elena y María, amiguitas

y condiscípulas de nosotros; ahí también vivía doña Elena, viuda de don Eduardo Muller. Por el lado de abajo del Beaterio estaba la casa donde vivían Tránsito, de la que no me acuerdo el apellido, y mi tía Ramona Cárdenas, que era hermana de María y Chabela y que moraban allá por la calle Allende.

Por el lado de arriba estaba la casa de las Vargas, Amalia y Hermelinda, las que tenían en la esquina una tiendita con dulces y otras golosinas que comprábamos todos los niños que íbamos a la doctrina, además tenían escobas, ollas, cántaros, y refrescos de “canica”.

Pienso que desde pequeño fui ocurrente, amigoso, organizador y enamorado. Ya en una ocasión relaté que mi papá me mandó con dos madrotas al burdel a recoger un dinero, tenía apenas seis años y todavía recuerdo la hermosa sensación de cuando iba sentadito entre las dos exhuberantes y perfumadas turgencias, y cuando mi cabecita se apretaba entre ellas según los vaivenes originados por los desniveles del empedrado, pero amortiguados por el muelleo del coche de caballos.

Cuando me empezó la comezón de la juventud, allá por los años treinta, y teniéndoles pavor a las “pintadas” y “temor de que se supiera”, Manuel, Rubén Negrete y yo nos acomodamos en el tren y partimos hacia la capital, esperanzados y animados por las maravillas que nuestro amigo Roberto Levy nos escribía sobre las francesas que laboraban en Cuauhtemotzin. Y allá vamos en segunda clase, para ahorrar y tener suficientes monedas para entregarnos en los brazos de las cálidas afroditas. Regresamos contentos, satisfechos y muy ufanos platicando con toda clase de detalles de blancura de ellas y los éxitos logrados. Pasados unos meses, yo igual que varios de mis cuates, fuimos inoculados con el bacilo de Neisser por unas paisanas “clandestinas”, y ¡habrase visto tal hermandad!, todos los amigos con similar problema con sus cánulas de doble corriente se reunían en mi casa, pues don Enrique, mi comprensivo papá, por mi conducto les ofreció que para que no se dieran cuenta o no ensuciaran los baños de sus casas, podían usar el baño de la bodega. Así que en las paredes de éste colgaban de sendos clavos las consabidas mangue-ritas, las cánulas, los paquetitos de pergnanganato y los depósitos con sus respectivos nombres: Abel Gallardo, Jorge Corona, Carlos Casas, Manuel Negrete, Everardo Macías y yo.

Y así han estado pasando los días, los meses y los años, y ahora, cincuenta años después me distraigo recordando y escribiendo de lo que me acuerdo, de mi niñez y de los años mozos, de mi ya larga, alegre, divertida, triste algunas veces y azarosa vida.

Desde entonces

Julio César Zamora

Si hoy me detengo frente a tu sonrisa desde tus labios vuelve a mí aquella lejana petición que me hiciste: Escríbeme. En aquel entonces el silencio era un escándalo en mi pecho de ahí saqué una a una las palabras les di tu forma, tus movimientos y tu nombre: *molto bella.*

Pleitesía

Lía Llamas

Ese día miré caer una hoja de mandrágora en mis pies como en un sueño lluvioso
Al mismo destiempo de una danza de abejas que arrastraban polen sin gluten con indiferencia.
Vi también a una serpiente arrastrar a su cueva la belleza de su cascabel
Todo el campo de las bestias estaba cubierto con el esplendor que nace del mismo sol para todos
No llovía pero estaba mi alma mojada como planta desértica insistiendo existir
¡Lamentos!
¡Una pleitesía al viento!
Quise huir pero me detuvo el trueno de un rayo de sonata en mis latidos
Porque el cuervo es bonito
Como el canto de la muerte haciendo fiesta en el cementerio
Como el silencio de un ave cuando tiene llanto
Como olvidar
Como desaparecer
en este poema.



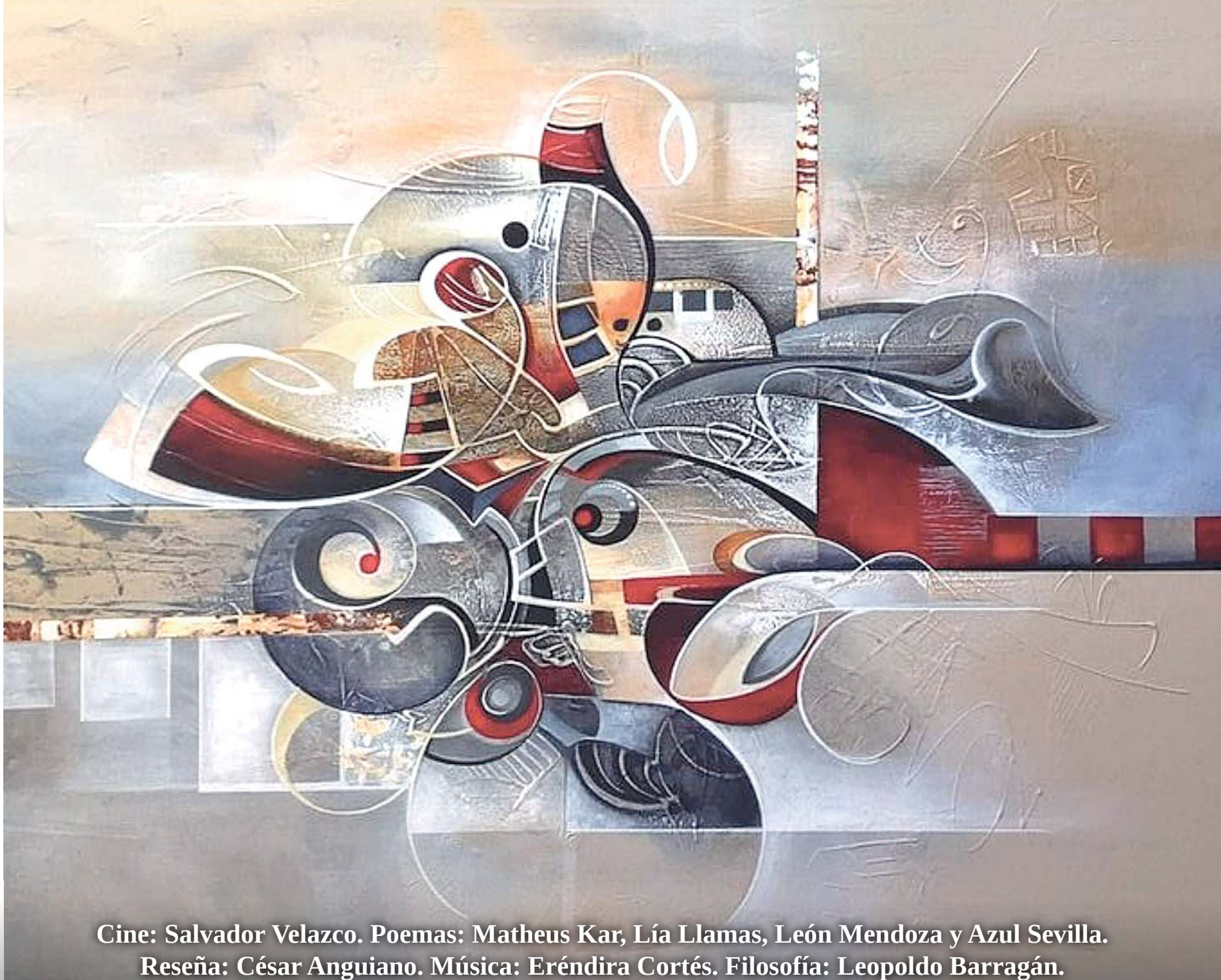
Octubre
trágico

(1 de noviembre de 1959)

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ▶ 4

2565

DOMINGO 27 DE OCTUBRE DE 2019



Cine: Salvador Velazco. Poemas: Matheus Kar, Lía Llamas, León Mendoza y Azul Sevilla.
Reseña: César Anguiano. Música: Eréndira Cortés. Filosofía: Leopoldo Barragán.
Cuento: Gabriel Araico. Remembranzas: Carlos Caco Ceballos.

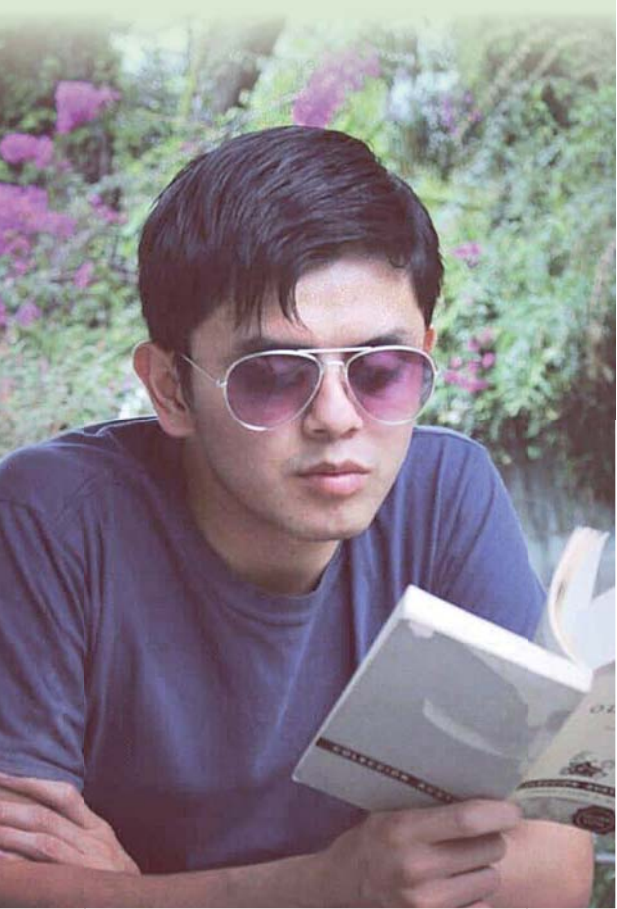
Los poetas de Babel

César Anguiano

Esta semana en Los poetas de Babel, presentamos a Matheus Kar, nacido, como él mismo afirma, en la “Sección de Drama” de la Biblioteca Nacional de Guatemala, en 1994. Es fundador y miembro único del colectivo Bartleby. Creador de *La Poeteca: taller de escritura para sensibilidades creativas*. Al contrario de muchos que suponen que para escribir poesía basta el sentimiento, él practica también la inteligencia, como lo demuestra no sólo en sus versos, sino en sus ensayos sobre nuestro tiempo. Es un ganador de premios constante, entre ellos, destacan el Certamen Nacional de Narrativa y Poesía Canto de Golondrinas (2015), el Premio Luis Cardoza y Aragón de Antigua Guatemala (2016) y el Premio Nacional de Poesía Luz Méndez de la Vega (2017).

Ha publicado *Asubhā* (Premio Manuel José Arce; Editorial Universitaria, 2016) y *Alturas de Wall Street* (Premio Ipso Facto; Editorial Equizzero, 2018; Tujaal Ediciones, 2019). Ha participado en festivales literarios en México, Costa Rica, El Salvador y Bolivia. Organizador del Primer Congreso Centroamericano de Literatura FAHUSAC. Antologador de *Modelo 90: muestra de poetas guatemaltecos nacidos en la década de 1990*. Su trabajo se dispersa en antologías, revistas, fanzines, zines y blogs de toda Mesoamérica. Sostiene, además, estimulantes columnas de opinión en diversos medios.

Es un gusto y un honor publicarlo esta semana en Los poetas de Babel.



Matheus Kar, poeta guatemalteco.

Ágora

DIARIO DE COLIMA

TODO NIÑO FUE GATO ALGUNA VEZ

pero tampoco somos hipócritas.

Hay cierto vacío en todas las cosas,
cámaras oscuras,
galaxias diminutas,
donde uno puede quedarse.

Vacíos microscópicos que únicamente la voluntad
puede cruzar, en los que uno se puede refugiar
y quedar perdido para siempre:
un cigarro, una jeringa, una pistola.

Hay lazos irreconciliables con el mundo,
y este es uno de ellos.

Hay personas que nacen muertas,
y eso no es necesariamente malo.

Ahora que a la calle le falta poesía,
mi corazón crece intacto en la acera,
esperando a ser pateado para empezar a latir.

A veces quisiera llegar a casa,
desnudarme y meter la cabeza en el cenicero.
Pero todo es una extensión del infierno:
la realidad corroída en la cabeza.

Es mejor seguir conduciendo,
adherido al volante,
recorriendo los purgatorios
que nosotros mismos hemos pavimentado.

GO HOME

Gringo, vuelve a casa,
y si vuelves llévame contigo.
Llévame a tu fiebre de compras,
donde los punks no mueren,
sino acaban en oficinas los domingos.

Ocúltame en tu sol solitario,
en tus cadenas sin historia,
en tu cobardía o templanza
para defender a tu gente.

Tu guerra en celo, tu paz en busca de guerra,
tu manera de anunciar al ganador
antes de la competencia,
¿cómo no me iba a seducir?

Gringo, vuelve a casa,
y si vuelves llévate este ladrillo.
Ladrillo de libertad en forma de urna.
Urna que resguarda las ideas.
Ideas de carbón que tiñen ángeles.
Ángeles dentro de caballos de madera.
Caballos que saltan muros.
Muros que hieren el paisaje.

Gringo, vuelve a casa.
La libertad es una estatua
y la paz una paloma,
y ya son demasiadas latas
de *Coca Cola* & *Pepsi*
degradándose bajo las rocas de la playa.

Su atuendo le es indiferente.
Es más gato
por no tomar conciencia de sus pelos.

Mi gato es mío porque a él
me someto,
y a su gesto indescifrable.

Es cafecito por fuera,
y negro por dentro,
con algunas manchas de silencio.

Sigiloso, escapó a todos los nombres.
Yo (un poco necio) le puse Poe,
pero en casa (más necios aún) le dicen Manchas.
Y, a pesar de todo, en su inocencia de gato,
como no me entiende,
todavía conserva su nombre.

Mi gato, avión en reposo,
es una isla en el ombligo del mundo;
un ojo que fosforece en la noche.

Sus maullidos rebotan por la casa,
mientras él persigue un mundo
escondido en un rayo de sol.

Mi gato es mueble,
valija silenciosa
de travesuras que tropiezan.

Mi gato, que en realidad es gata, no tiene género.
Pues ayer cumplió dos años muerta.
Pero, entre todo lo muerto,
su recuerdo es lo más vivo en esta casa.

EN AUTO POR EL
CENTRO HISTÉRICO

La ciudad apilada por la noche en mi ventana.
Canta en su rama nocturna la oscuridad.
Racimos del día maduran en mi pensamiento.
No encuentro sosiego. El semáforo en rojo.

*Mi vidrio no está sucio, es la ciudad que está
empañada,*
le digo al pegamentero.
Corazones con vocación de esquina me guiñan el ojo.
Acelero.

Bajo los puentes la vida es desenmascarada.
Arropo la noche, y me pide que me largue.
Lanzo unas monedas, y las sombras las recogen.

La ciudad y yo no somos buenos amigos,

DIARIO DE COLIMA

Ágora

Hasta los tímpanos

Así fue

Eréndira Cortés

Así fue, sin nada de nada. Todavía no descubro la combinación exacta, sólo puedo decir que intervinieron muchos factores: la media noche, calles apenas transitadas, mi vehículo a 80 kilómetros por hora, el estómago recién *cenado* pero vacío, la búsqueda implacable de no sé qué... y lo más importante, una canción perdida —esa que programan en la radio sin darte indicios de su identidad, y cuando le empiezas a agarrar el sabor ya es demasiado tarde, su rastro se desvanece entre otras más y te quedas toda la vida con la incógnita—.

Aquella vez me encontré con una. Intentaba sintonizar una frecuencia que acompañara la mía cuando, en medio de tanto anuncio, apareció la indefensa melodía, palpitando algunas notas discretamente. Y así, sin percibirlo, su resonancia me fue meciendo, y empezó a hundirme bajo sus aguas, colmando mi interior de placer sonoro.

Para ese entonces mi auto y yo estábamos en neutral, esperando el verde; mas no sé si

La exposición

Gabriel Araico

Había llegado el momento tan esperado, esa exposición de pintura dedicada a ti. Monté cada imagen meticulosamente, inspirado en tu vestimenta, colores, poses, todo de ti, y había una en particular a la que puse mayor detalle en su presentación. Se trataba de aquella pintura de tonos ocres, en la que te había imaginado con un vestido rojo, elegante, frente a una enorme chimenea. Con esa larga cabellera abrazando tu delgado rostro.

Pasé horas preparando aquella exposición, lleno de alegría al saber que por fin mostraría al mundo cuánto he anhelado estar contigo cada amanecer. Me han culpado incluso de loco, soñador y de todo durante aquel proceso de exploración en el que me había quedado apartado del mundo, buscando capturar el momento perfecto; el de tu belleza, y sobre todo el de tu personalidad, en un cuadro.

Llegó el momento de abrir las puertas y todos aquellos escenarios indescriptibles que había visitado mi mente a la hora de pintar, quedaron expuestos al mundo, buscando el tiempo invertido.

Comenzó a entrar gente muy extraña, de esa que a nadie le interesa conocer: escritores, fotógrafos, algunos colegas, músicos, y uno que otro suicida incluso. Tan extraordinario como el día en que te confesé mis sentimientos y pasé casi una semana sin dormir, buscando un camino hacia ti.

Una persona extraña, que probablemente se dedicaba a la fotografía, ya que llevaba una cámara al hombro, se detuvo en el cuadro al que menos había puesto esmero en su presentación y estuvo absorto en él durante largo tiempo. No sabía cómo reaccionar, no debía interrumpirle, supuse, pero apenas se marchó, lleno de curiosidad me acerqué. Se trataba de una imagen tuya de espaldas, viendo hacia el mar en el puerto de Veracruz, o eso es lo que intenté interpretar. No tenía idea alguna si aquella persona habría descifrado mi intención, o mejor aún, habría hecho su propia versión. Pero algo quedaba muy claro en esa imagen; una sombra de tu silueta, sentada frente al mar. Apreciando el cuadro una vez más, descubrí al igual que esa persona, la magia de aquella pintura: la soledad que lograba proyectar. Recordé entonces cómo fue que me inspiré aquella vez que caminaba por el puerto pensando en esas palabras de aliento, saliendo de tus delgados labios. ¿Cómo no iba a ser inspiración para pintar dicho cuadro? También me hizo recordar algo más; que esa tarde caminaba solo, tal como me encuentro en este momento, luego de ver el reloj y descubrir que pasan las horas y tú sigues ausente.

Llegaba el final del día y se mostraba un nuevo atardecer como el de tantos cuadros, pero en ellos por lo menos estabas presente... en la exposición, no. Al momento que me dijo el guardia que debía cerrar, le pedí unos minutos extra y sin perder la esperanza di un último recorrido por la exposición. Lo hice lo más lento posible aun cuando el guardia me miraba de manera sospechosa, pero llegué de nuevo al cuadro que admiraba antes esa persona y me senté frente a él, en un salón vacío, aprovechando el silencio escuché una melodía al piano en mi mente, deseando con todas mis fuerzas poder volver a verte, cuando una mano tocó

mi hombro... se trataba del guardia que me pedía salir para poder cerrar.

Me levanté aturdido, tomé mi saco, y llevando su peso al hombro salí y esperé hasta el último momento en que el guardia cerró las pesadas puertas del salón. Me miró de manera extraña y yo lo seguí con la mirada hasta perderse en la esquina. Un último vistazo hacia ambos lados de la calle me hizo convencer de que probablemente ni siquiera hayas recordado este día, este evento. Que tal vez ni siquiera te haya importado. Igual que cada vez que te buscaba sin recibir respuesta.

Mis pasos se escuchaban con fuerza por la vacía calle mientras imaginaba cómo hubiera sido de haber decidido

venir a la exposición. Cómo te contaría anécdotas de cada cuadro mientras recorreríamos la exposición tomados de la mano, presumiéndote con orgullo a los pocos presentes, inmerso en tu mirada que admiraría aquellas creaciones inspiradas en ti. Pero aun en mi imaginación, no decías nada durante todo el recorrido, ausente como lo has estado y como lo estás en esta calle solitaria.

No pude más con el vacío que siento por tu ausencia, mis piernas se debilitaron y me senté a la orilla de una fuente. Yo que estaría siempre, que daría lo que fuera por estar juntos, sé que debo desistir a ti. Esa noche, en aquella fuente, por fin lo comprendí.





Catarsis bohemia

Leopoldo Barragán Maldonado

Fue un 4 de octubre, fecha que tengo presente porque en vez de caminar por los alrededores del jardín de Villa de Álvarez, transitando entre el tumulto con paso de ‘gallo-gallina’ en busca del puesto de pan que me despertara el apetito para comprar algunas empanadas de coco o de leche, y con la intención de evitar el pedigüeño “¡padrino, mis empanadas!”, mejor pensé en trasladarme a un lugar donde mi demonio filosófico pudiera complacerse con tostaditas de guacamole, tres calditos de camarón, un plato de ceviche, varias flautitas y unos cuantos taquitos dorados, obviamente que todo esto acorde al justo medio y a la moderación que dictan los cánones de la pobreza franciscana; así que ante dicha exigencia espiritual me hice acompañar con dos amigos del Centro Cultural –un monoteísta y otro politeísta– dirigiéndonos nuevamente a Tonila para visitar su ‘Catedral’, pero no la que se ubica frente al jardín, sino la botanera, al fin y al cabo era un día con sabor a fiesta religiosa.

Cuando ingresamos al recinto fuimos amablemente recibidos por el abad Miguel, quien de inmediato procedió a mitigarnos la sed, saciando nuestra hambre y convocando al espíritu del Santo Patrono de la Basílica para que entonara lo mejor de su repertorio, cánticos que posibilitan el trance místico, la comunión mística o mínimo una catarsis existencial, ¡vaya que hubo catarsis!, ya lo había dicho Jalalodin Rumi: “de la religión del rito y del saber, a la religión del amor y la embriaguez... El vino sustituye a la tisana”, pero no estamos hablando de borrachera mundana, sino de “embriaguez” espiritual, tal y como lo expusieron los sufistas Tayfur Bistami (800-874) e Ibn al Faridh (1181-1235); por cierto, detecto en el pensamiento de Ibn al Faradih notoria proximidad con San Francisco de Asís (1182-1226), no cronológica, sino mística al ver en la naturaleza las huellas divinas, pues para el egipcio las bellezas como la mujer, la luna o las estrellas son el reflejo *inmerso* de la Existencia de Dios en la naturaleza; como quiera que sea, en estos términos lo que importa es conmocionarse, sacudirse las cargas conceptuales, las apariencias, los complejos y prejuicios que obstruyen el aguijón de la mirada. La enseñanza budista es muy clara a este respecto al afirmar que: “la codicia, la ira, la necedad y el orgullo son cuatro flechas envenenadas que producen una serie de enfermedades. Si las flechas fuesen de afuera habría modo de evitarlas, pero las flechas lanzadas de dentro no hay manera de detenerlas”.

Resulta que en la cúspide de nuestra conversación intercambiamos puntos de vista sobre los aciertos y desaciertos de nuestras vidas, recalcando los logros y metas alcanzadas, triunfos y fracasos, así como los planes, o mejor dicho utopías, que todavía revolotean por nuestras mentes en el ocaso de la existencia, en este aleteo esperanzador nuestro amigo, el politeísta (ateo como él se define) comentó que “si la vida le diera dinero, entonces realizaría algunos viajes al extranjero o compraría una casa en el campo”, replicándole que el dinero no cae del cielo, a no ser que de chiripada se sacara la lotería o el melate; entonces, el supuesto ateo dijo: “yo *religiosamente* compro mis cachitos”. ¡Ah caray, compra *religiosamente* para obtener *dinero* por la gracia de Dios, qué ironía! Cuando escuchamos tan increíble confesión, nos sorprendimos cuestionándole *ipso facto* cómo estaba eso de “religiosamente”, si como él lo ha expresado en innumerables ocasiones la religión, la Biblia, Dios, son sólo mitos que nos implantaron por medio de la violencia; después de regocijarnos por la súbita catarsis existencial, el ateo sacó su móvil para rastrear en el nada confiable Google la palabra “religiosamente” y enseñándonos el celular nos dijo: “¡miren, cabrones, lo que significa: *puntual-*

mente, a eso me refería yo!”.

No cabe duda que en la Catedral suelen suceder conmociones de todo tipo, sólo que el adverbio religiosamente es derivación gramatical del sustantivo religión (*relegere*=repasar, *religare*=unir) y su connotación no es limitativa, sino extensiva aplicándose, como señala Edward Conze, a un Dios personal, a la divinidad, o una cantidad de dioses. Pero cabe advertir que el politeísmo no debe ser visto a la luz de las religiones reveladas, porque si bien es cierto que ejércitos de fanáticos combatieron en nombre de la Cruz, de Cristo Rey, o de Dios, también hoy ejércitos profesionales, milicias y mercenarios luchan fanáticamente por los nuevos dioses: Derechos Humanos, democracia, libertad, igualdad, razón, progreso. La Revolución Francesa abrió las puertas del nuevo politeísmo, surgido en una catarsis social que tensionó entre las creencias de un Dios personal de las comunidades rurales, con las creencias en los nuevos dioses de las ciudades modernas, creencias que, como señala Taylor, incluyen las de los pueblos primitivos, el politeísmo de la Antigüedad, las del católico, la experiencia mística y el espiritualismo moderno”.

De pronto observamos que el abad Miguel desconectaba la rockola, trasladándola cerca de nuestras espaldas, y dijo “¡es que van a cantar!”, nos volteamos a ver porque ninguno de nosotros le hacemos al barítono o al solista, pero en seguida arribó un grupo de personas que abarrotaron varias mesas del establecimiento, cuando menos pensamos, uno de ellos, de nombre Andrés Santana, nos dejó perplejos al escuchar la calidad de su voz, primero, y como debe de ser, invocó al espíritu josealfrediano, luego al de Juan Gabriel, cerrando con broche de oro con algunas canciones de José José. En pleno jolgorio y por arte de magia desaparecieron las diferencias religiosas, tanto el monoteísta como el politeísta, embriagados por el espíritu de la música, no tardaron en hacerle segunda –aunque yo diría que quinta– al joven cantante,

mientras que por mi mente cruzaba la idea de una dialéctica de la canción popular entre el rey, el divo y el príncipe.



Palpitando vida

Azul Sevilla

La mies roja de los pastos que me habitan, me recuerdan tu sexo palpitante de vida.

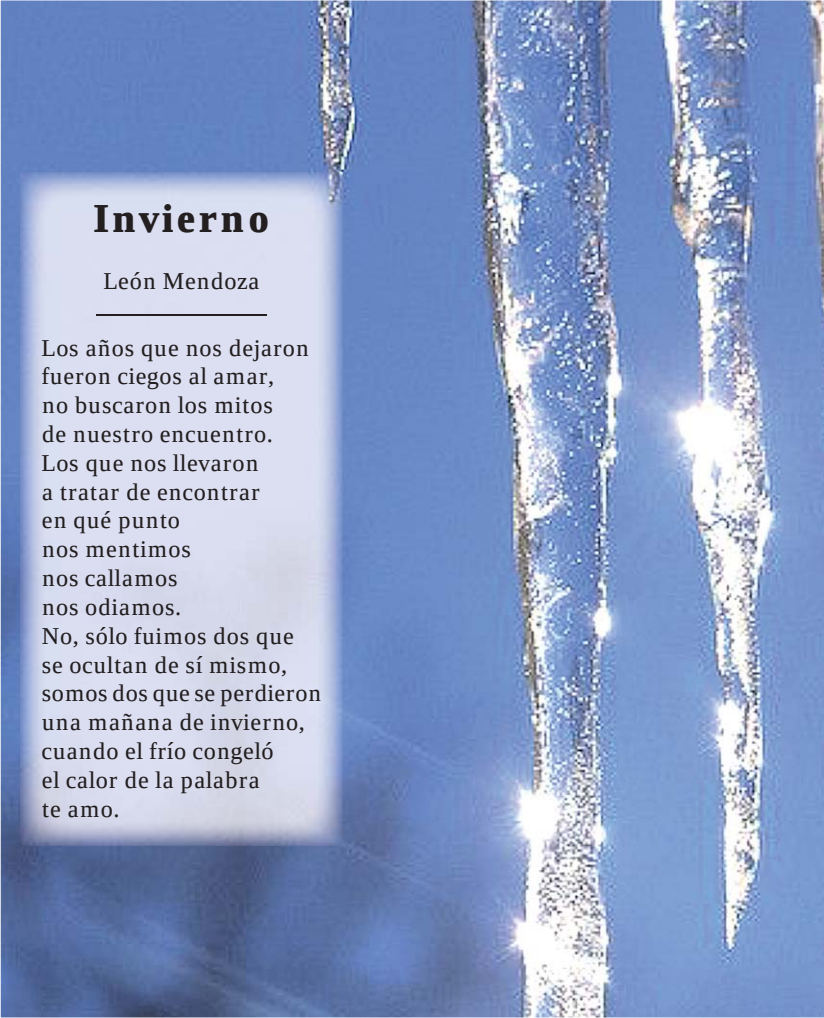
Las espigas doradas, entre el vaivén de las nubes, son testigos mudos de nuestros encuentros.



Invierno

León Mendoza

Los años que nos dejaron fueron ciegos al amar, no buscaron los mitos de nuestro encuentro. Los que nos llevaron a tratar de encontrar en qué punto nos mentimos nos callamos nos odiamos. No, sólo fuimos dos que se ocultan de sí mismo, somos dos que se perdieron una mañana de invierno, cuando el frío congeló el calor de la palabra te amo.



DIARIO DE COLIMA

Convoca

A escritores nacidos o radicados en Colima desde al menos 5 años atrás, a participar con trabajos literarios en el certamen

PREMIO ESTATAL DE VIÑETAS

Manuel Sánchez Silva 2019

Bajo las siguientes

BASES

- 1.- Podrán participar los escritores y escritoras sin importar la edad, que envíen una viñeta con una extensión mínima de 5 cuartillas y máxima de 15.
- 2.- Los temas de la viñeta deberán tener relación con las costumbres colimenses, los habitantes y figuras singulares del folclor social, así como las crónicas sobre la actualidad social de Colima.
- 3.- Se entiende por viñeta un texto en prosa que comparte elementos con la crónica y el cuento, pero que privilegia la imagen y el retrato, el aguafuerte sobre determinadas circunstancias que hacen de la entidad o de la sociedad algo distinto a las del resto del país.
- 4.- Los trabajos deberán entregarse en sobre bolsa por triplicado, engargolados e impresos en hojas tamaño carta, a doble espacio y con letra Times New Roman de 12 puntos. Deberán firmarse con seudónimo y acompañarse con un sobre aparte y cerrado dentro del sobre bolsa, que contenga la identificación del autor, su nombre, domicilio, número telefónico y correo electrónico.
- 5.- Todos los trabajos, sin excepción, deberán acompañarse con un respaldo en disco compacto, grabado en archivo de Word y previamente desinfectado de virus.
- 6.- Las viñetas deberán enviarse a las instalaciones de Diario de Colima, ubicadas en Avenida 20 de Noviembre No. 580, Colonia San Pablo, Colima, Colima. CP 28000.
- 7.- La fecha límite de entrega de trabajos es el 1 de noviembre de 2019, a las 23:59 horas. Los trabajos que lleguen en fecha posterior, serán tomados en cuenta siempre que la fecha del matasellos del correo como máximo coincida con la del cierre de la convocatoria.
- 8.- Los trabajos serán calificados por un jurado integrado por personalidades de reconocido prestigio en el campo de las letras y el periodismo, cuyos nombres serán dados a conocer con oportunidad. Su fallo será inapelable.
- 9.- Se otorgarán 3 premios: \$10,000.00 (Diez mil pesos) al primer lugar; \$3,000.00 (Tres mil pesos) al segundo lugar; \$2,000.00 (Dos mil pesos) al tercer lugar, en efectivo y diploma. Se otorgarán menciones honoríficas a los mejores trabajos no ganadores, si el jurado lo considera pertinente.
- 10.- Los trabajos se recibirán a partir de la publicación de la presente convocatoria.
- 11.- Los ganadores serán dados a conocer el jueves 7 de noviembre y la premiación tendrá lugar el viernes 8 de noviembre, aniversario de la fundación de Diario de Colima. Las viñetas premiadas se publicarán en el suplemento cultural Ágora de Diario de Colima.
- 12.- Los casos no previstos en esta convocatoria, serán resueltos por los organizadores.

Colima, Colima, a 10 de octubre de 2019.



Don Manuel Sánchez Silva

VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Octubre trágico

(1 de noviembre de 1959)

En la historia de Colima, dejará una huella tan dolorosa como imborrable la fecha del martes 27 de octubre de 1959 en que un ciclón de violencia ocasionó la pérdida de más de mil vidas humanas, devastó las zonas agrícolas, produjo gravísimos daños en casas y ganado y asoló toda la costa del estado.

Cuando estas líneas se escriben, la población vive horas de extrema tensión nerviosa, aumentada a cada momento por la llegada de nuevos informes relacionados con la magnitud que la catástrofe asumió en rancherías y poblaciones de las que se carecieron de noticias; nutridos grupos de damas y caballeros particulares, funcionarios públicos y jefes y oficiales del ejército, bullen infatigables recogiendo los víveres, medicinas y ropas ofrecidos por personas menos dañadas en sus intereses, o bien colaborando con los servicios de coordinación e intendencia, encargados de distribuirlos entre los damnificados de las diversas regiones, muchas de las cuales, se hallan todavía aisladas por las aguas. Y toda esta dramática actividad desarrollada bajo el enervante ronroneo de los aviones de la Fuerza Aérea, de la Secretaría de la Presidencia de la República y de simples particulares, que deseosos de contribuir al auxilio de los necesitados, se han puesto a la disposición de las autoridades.

Como el desastre ocurrió en octubre, hace de este mes un signo trágico, por los crueles antecedentes que existen en el pasado y que determinan una impresionante coincidencia.

En un libro de memorias del señor don Mariano de la Madrid, abuelo del licenciado don Enrique O. de la Madrid, gobernador del estado de 1902 a 1910, libro que conservan los descendientes de don Antonio Ochoa, se consigna la crónica de un espantoso huracán desencadenado en octubre de 1808, dos años antes de que se proclamara la Independencia de México. Según el relato, don Mariano se encontraba en las salinas de Cuyutlán al ocurrir el siniestro, y al referirse a su violencia dice que la lluvia caía con tal fuerza, que las gotas eran como “huevos de paloma”. Los ríos se desbordaron provocando fuertes inundaciones y arrasando las tierras labrantías y el viento adquirió velocidades tan excesivas, que arrancó de cuajo innumerables árboles y destruyó gran número de habitaciones.

Casi 100 años después, también en octubre de 1906, otro ciclón azotó el estado, sembrando a su paso muerte y desolación. En Manzanillo se lamentó la pérdida de numerosas embarcaciones de diversa categoría; se destruyeron todas las siembras hechas a inmediaciones del litoral; el mar invadió la entonces rancharía de Cuyutlán, inundando los esteros; y en esta capital el viento quebrantó la estabilidad de la torre izquierda del templo de La Merced, en tanto que el río de Colima se salía de la madre -llegando sus aguas hasta la esquina noreste de la plaza principal- y el río “Chiquito” -que por aquella época recogía las aguas negras de la ciudad y corría a lo largo de lo que ahora son las calles 27 de Septiembre y Ocampo, hasta desembocar al final de “La Florida”- rompía el embovedado construido sobre el cauce y se precipitaba, incontinente e impetuoso, por entre las casas y calles adyacentes.

En esa ocasión, el río Armería registró la creciente quizás más extraordinaria, pues sus aguas rebasaron la vía del ferro-



carril tendida sobre el puente que aún subsiste. Como dato curioso resulta oportuno citar el hecho de que al normalizarse la situación, la empresa de los ferrocarriles resolvió aumentar metro y medio la altura de las pilastras que sostienen la estructura de hierro, pudiendo advertirse claramente a la fecha esa edición, que presenta una diferencia en color y estilo, con los de la construcción original.

También en octubre de 1882, se presentaron en Manzanillo los dos primeros casos de fiebre amarilla, inmediatamente seguidos de otros en Colima, habiendo sido estos últimos en los señores Victoriano Silva y doctor Crescencio Orozco, propagándose a continuación la epidemia que diezmó a la ciudad.

La evocación de estas cuatro desgracias, registradas en los últimos 150 años, precisamente en octubre, hacen de dicho mes un motivo de temerosa superstición.

La evocación de estas cuatro desgracias, registradas en los últimos 150 años, precisamente en octubre, hacen de dicho mes un motivo de temerosa superstición.



A las nueve en punto

Del *melo-noir* o melodrama negro

Salvador Velazco

social o el cine negro.

Carlos Monsiváis ofrece un par de razones para explicar la producción de estos filmes que son a un tiempo *noir* y melodrama. Primero, señala que, a diferencia de América Latina, el *film noir* de los Estados Unidos se benefició de una pujante novelística ‘negra’ que incluye, entre otros, los nombres de Dashiell Hammett, James M. Cain y Raymond Chandler. Además, el personaje imprescindible del cine negro, la ‘ciudad de pesadilla’, la ciudad nocturna que es el inframundo adonde debe internarse el detective o investigador privado, es más bien el escenario de melodramas en el contexto latinoamericano.

Hablando específicamente del caso de México, Monsiváis escribe: “El género de cabareteras y rumberas utiliza el paisaje de la vida nocturna, pero su contexto —las más de las veces— es el melodrama tradicional, y en estas películas el ‘mal’ es todavía el ‘pecado’ y los gánsters son unidimensionales” (*Aires de familia. Cultura y sociedad en América Latina*, Barcelona, Anagrama, 2000, 74). Aquí podríamos recordar una cinta notable del cine nacional, *Distinto amanecer* (Julio Bracho, 1944), cuya acción se desarrolla en el transcurso de una noche en la que Octavio (Pedro Armendáriz), un líder sindical; es perseguido por un gobernador corrupto; se refugia en la casa de Julieta (Andrea Palma), una antigua compañera de luchas estudiantiles, que trabaja de cabaretera para poder subsistir. La cinta es esencialmente un melodrama que no renuncia a los salones de baile que tanto brillo le dieron a las películas de rumberas del cine mexicano de la Época de Oro, pero con una fuerte estilización de cine negro.

En mi opinión, Roberto Gavaldón (1909-1986) es el autor más consumado del *melo-noir* en México. El crítico de cine Carlos Bonfil llama melodramas ‘negros’ a sus filmes *La otra* (1946), *La diosa arrodillada* (1947), *En la palma de tu mano* (1950) y *La noche avanza* (1951). Es indudable que estas películas exportan de Hollywood la tonalidad del cine negro con sus atmósferas enrarecidas y la construcción psicológica de sus personajes, pero su vocación central sigue siendo el culto al melodrama, lo cual tiene sentido si tomamos en cuenta que los géneros requieren de la identificación de sus públicos y responden a las inquietudes de sus espectadores para asegurar la fidelidad de una audiencia acostumbrada a un modo de ver cine. Con todo, este cine de Gavaldón —con sus ambientes opresivos y tonos sombríos— le ofrecía al espectador cosmopolita de la época algo más que un simple melodrama estereotipado y convencional.

